

po con el espíritu. Así de esta idea de personalidad griega, oscura aún, porque sobre ella se levantaba la sombra del destino, de esta idea de personalidad, más clara que en Oriente, surgió el arte más concluido que sin duda alguna han ideado los hombres.

En Grecia debía, pues, nacer el arte humano. El espíritu llegó á concebirse á sí mismo, á separarse del mundo, á particularizar su vida, á salir, en una palabra, del gigante seno del panteísmo. Por consiguiente el primer canto de libertad que moduló el hombre, fué el arte griego, que recorrió todas las escalas posibles del pensamiento, y por lo mismo debemos detenernos aquí un instante á comprender y estudiar los sistemas del arte.

El primer artista fué Dios; su primer obra de arte, la creacion; los cielos extendiéndose, la luz brotando á la palabra del Eterno, los astros produciendo las primeras armonías, el sol saliendo rutilante del seno del caos, los mares plegándose en sus riberas, las montañas heridas por la electricidad, por el rayo, humeando el primer vapor de la primer mañana de la creacion, los árboles cargados de flores recibiendo el beso immaculado de las primeras áuras, de la primera luz, y en el fondo de este cuadro hermosísimo, la gran estatua, la gran escultura, el hombre con su hermosa compañera, pisando las rosas entreabiertas, llenas del primer rocío, y uniendo su primera divi-

na oracion al cántico de todos los séres, al hosanna que en accion de gracias exhalan al cielo los recién creados mundos. (Aplausos).

Mas sobre la obra de Dios debía levantarse como sobre un pedestal la obra del hombre, el arte. El primer arte que el hombre necesitó para su vida, el que está más cerca de su sensibilidad es la arquitectura, arte en que entra por más que en ninguno otro la materia. Este es el arte del Oriente. Es el arte de la casta. Esos magníficos edificios no los ha hecho la libertad, los ha hecho la servidumbre, los ha fabricado con la cadena al pié el pária, el cautivo, el esclavo. No busqueis allí el nombre de ningun arquitecto; el eterno arquitecto es la casta sacerdotal, como el eterno modelo es la naturaleza, como el eterno obrero es el pária, el esclavo. Mas la arquitectura simbólica ha de pasar á ser clásica, ha de dejar lá naturaleza, y ha de escoger por tipo al hombre. ¿Dónde nacerá, dónde? Ya os lo he dicho, en Grecia. La casa y el templo tendrán una misma forma, como Dios y el hombre tienen una misma organizacion, una misma sustancia. Las columnas imitarán la hermosa forma humana, muchos de sus chapiteles parecerán las trenzas de las cabelleras de las vírgenes. Los templos griegos en su gran rigor matemático, en sus líneas, en sus arcos, en sus columnatas y pórticos representan la vida de aquel pueblo, que necesita de mucha luz, de mucho aire,



de mucha libertad para vivir, no encerrado dentro de sí, no; antes en su verdadera vivienda, en su principal vivienda, en la plaza pública, en comunicacion perpétua con el hombre y con la naturaleza. Uno de los distintivos mayores de la arquitectura clásica es la columna cilíndrica, armoniosa; tan fuerte, que cuando el edificio se arruina y se caen sus paredes, la columna aún está en pié, azotada por el viento y la lluvia, resistiendo á la inundacion de los siglos y á los azotes de los elementos. La arquitectura griega tiene varios órdenes ó géneros. El dórico parece como que principalmente se preocupa de la mole del edificio. Es una imitacion de la naturaleza. El espíritu aún no es libre, aún no ha logrado comprender que la piedra como la cera obedece á su pensamiento, como obedecen á su poder la paloma y el leon. Las columnas del estilo dórico se parecen al árbol, que brota de las entrañas de la tierra, y que tímido aún no acierta á extender sus ramas pomposamente por los aires. Este estilo dórico es el que está más cerca del arte anterior, el término dialéctico, que en la série de todas las manifestaciones del espíritu humano enlaza el Oriente con el Occidente, la libre Grecia con la antigua y misteriosa Asia. No así la arquitectura jónica, hija ya verdaderamente de la Grecia. La columna es más graciosa, tiene un basamento en que descansa; su corona, su chapitel ofrece líneas cur-

vas, volutas, que son su más hermoso ornamento. El arquitrave de este género no es tan pesado como el dórico, y en sus adornos se ven cabezas de animales muy bien modeladas, que llevan galanas coronas de flores como las víctimas apercebidas al sacrificio. El género de arquitectura jónica es un gran triunfo del hombre sobre la naturaleza, una señal evidente de la emancipacion progresiva del espíritu humano. El artista no pide inspiracion solo á la fuente de la creacion; convierte los ojos á su espíritu, y con sus ideas propias, con sus pensamientos, va enlazando y componiendo las piedras de manera que forman como un ritmo, como una música, que celebrará aún en sus ruinas al primer vuelo del alma humana á la santa libertad. El orden corintio conserva el principio del orden jónico, aunque es más elegante y ofrece más ricos y variados adornos. Se vé en esta arquitectura que la idea humana ha logrado hacer suya la piedra, vencerla, dominarla y espiritualizar la materia, pues las piedras arregladas con tanta armonía parecen como las notas de un cántico. La arquitectura corintia, segun las tradiciones antiguas, debia nacer en el sepulcro de una hermosa jóven, debia tomar por tipo la hoja de acanto y los ornamentos de las vírgenes. Es indudablemente la arquitectura corintia el epílogo de todo el arte griego, su última palabra, su armonía; es la union del espíritu libre con la natu-



raleza, es la gran corona de triunfo, que el eterno guerrero, el hombre, ciñe á sus sienes, que laten ardorosas á impulsos de sus grandes ideas. Mas el arte clásico no dice en Grecia su última palabra. El espíritu humano crece, se agranda en Roma, y lejos de contentarse con la armonía de la idea y de la forma, tiende á lo universal, á lo eterno. Roma no quiere levantarse poderosa en su recinto, Roma quiere el mundo. Esta elevacion del espíritu elevará tambien la arquitectura. Los edificios no serán, ni tan armoniosos, ni tan graciosos, pero serán más soberbios, más grandes y hasta cierto punto más magníficos. Se verá que así como el hombre tiende á eternizar su poder, la arquitectura tiende á lo infinito. La bóveda, el arco triunfal, desconocidos ó poco empleados en la arquitectura precedente, nos demostrará que el cielo es un tipo de arte, y lo infinito la aspiracion constante de Roma. Esa nacion levantada sobre los restos de tantas naciones parece un profeta, que anuncia á los pueblos, obligándoles á estar de hinojos, la venida de la verdad celeste, de la region celeste. Resumamos.

La arquitectura dórica cercana á Oriente, levantada para un pueblo aristocrático, será grande como Oriente, ruda y severa como las primeras aristocracias. La arquitectura jónica, levantada para la democracia, será más espiritual; más aérea, más ligera, más graciosa, mostrando en el

ornamento de sus columnas la nueva sávia del espíritu humano. La arquitectura corintia, riquísima, lujosa, adornada con tanto esplendor, con hojas de acanto, como la cabellera de las vírgenes que van á ofrecer el sacrificio, mostrará que el espíritu griego ha llegado á la plenitud de su sér, á la variedad más rica y á la unidad más completa de su hermosa vida. Pero la última palabra, la última página de esta gran epopeya de piedra, la escribirá el mundo romano; ese mundo, que ha resumido toda la civilizacion antigua para ofrecerla como una víctima á la nueva civilizacion, reunirá y sobrepondrá los géneros de arquitectura; sí, el mundo romano, que concertará en sus artes la grandeza oriental con la hermosura griega, como concierta en su sociedad á los patricios y los plebeyos; ese mundo romano, que agrandaré la arquitectura, creando la bóveda desconocida de los griegos, como una imitacion del cielo; creando los arcos triunfales, para que bajo esas bóvedas, bajo esos arcos pasen los apósteles de la verdad y del espíritu, el prometido á las naciones, á tomar posesion del mundo; y en esas bóvedas y en esos arcos, que aspiran á lo infinito, encuentra sus primeras inspiraciones la arquitectura cristiana.

Después de la arquitectura, el arte de la naturaleza, viene la escultura, el arte del hombre. No la busqueis, señores, en Oriente. Algunas re-



ligiones orientales prohíben este arte. Alguna que otra escultura aparece á la sombra de los templos, como el hombre vive á la sombra de sus palmeras. La imitacion de la naturaleza orgánica se despierta en los pueblos que son degeneraciones del primitivo severo Oriente. El Egipto ofrece esculturas que son cuerpossin alma, formas sin vida, como el feto de este gran arte, que llevaba en sus entrañas una nueva nacion. Grecia, la nacion de las armonías, de los cantos, del ritmo; Grecia, que individualiza el espíritu; Grecia, la musa del mundo antiguo, aparece siempre á los ojos de las generaciones armada de su cincel para esculpir en el mármol la forma humana, para inundarla con la luz del espíritu, mostrando al través de sus líneas la idea, y haciendo latir bajo la fria é inerte piedra la ardorosa vida; la forma humana idealizada, divinizada sola, sin necesidad de la pintura y de la escultura, centelleando por todos sus poros la inmortalidad, y luciendo sobre su frente de mármol el fuego de la inspiracion ideal, de la inspiracion artística, verdadero apoteosis del hombre, que reúne en sí la libertad, la ciencia, la hermosura, y despues de aplastar bajo sus plantas la naturaleza, se levanta al cielo en el altar sagrado del arte para pedir el néctar de la inmortalidad á los dioses maravillados y suspendidos de su grandeza. (Aplausos.)

Decia que la arquitectura tiene por principal

tipo la naturaleza, y por eso es el arte de Oriente; pues bien, la escultura tiene por tipo el hombre, y por eso es el arte de Grecia. La arquitectura más sujeta á las leyes de la naturaleza no puede expresar lo humano con tanta fidelidad como la escultura, ya más dependiente de las leyes del espíritu. La arquitectura es el mundo material que se levanta sobre la naturaleza; pero la estatua es el hombre mismo, luciendo su pensamiento, idealizando sus formas. Un principio de utilidad irá mezclando siempre á la arquitectura, ya será una vivienda, ora de Dios, ora de un hombre, y pocas, muy pocas veces será un puro símbolo como los antiguos obeliscos. La escultura no tiene ya fines tan útiles; parece el hombre libre, teniendo en sí una razon de ser y un fin propio, uniendo en la hermosa estatua íntimamente, con una armonía misteriosa, la idea y la forma, que es el carácter principal del clasicismo. No demos tampoco á la escultura más valor del que tiene en sí; ningun arte la igualará en presentar la armonía de la idea y de la forma; pero mientras fácilmente expresa la organizacion exterior del hombre, su naturaleza orgánica, plástica, no puede expresar con la misma facilidad la parte interior del hombre, su naturaleza moral, el espíritu. Es verdad que puede resplandecer una idea en la frente de la estatua; pero una sola idea, que no tiene, que no pue-



de tener el movimiento de la vida. La escultura debia ser el arte verdaderamente griego. Ni antes ni despues de su vida ha tenido Grecia rival en este género de arte. La individualidad del espíritu, individualidad exterior, que representa Grecia en toda su vida, no puede simbolizarse de una manera más fiel que con la estatua, serena, inmóvil, aislada, que parece la apoteosis misteriosa del hombre.

La escultura en Roma tiene dos grandes caracteres armónicos en verdad, con toda la vida romana. El primer carácter, es el de ser más real, más humana aún que la escultura griega, como es más humana y real su civilizacion; el segundo carácter es presentar más el tipo de la fuerza que la serenidad interior del espíritu; el tercer carácter, es que la escultura romana tiene formas indudablemente más colosales, porque á decir verdad el hombre ha crecido en Roma. Despues de la escultura que es más ideal que la arquitectura, debemos considerar la pintura que es mucho más ideal que la escultura. Consideremos brevemente este arte.

Señores: la pintura en el mundo clásico es una idealizacion y nada más que una idealizacion de la escultura; este arte debia progresar indudablemente bajo la influencia divina, sobrenatural del Cristianismo. Con razon se ha dicho que la arquitectura es el arte oriental, la escultura el arte pagano y la pintura el arte cristiano.

La pintura ya requiere más riqueza en el espíritu, más variedad en sus ideas, en sus sentimientos. Parece como el alma del hombre, que levantándose del oscuro seno de la organizacion, despliega sus alas y recoge en ellas los colores de toda la naturaleza, los átomos de todos los seres. De la pintura y de la música antigua no podemos juzgar, porque apenas quedan restos que puedan darnos datos bastantes á formar una idea. Sin embargo, el tipo del arte griego, esa olímpica serenidad de sus estatuas, no es idóneo para desenvolver de una manera brillante la pintura. Mirad las estatuas antiguas, y á través de sus formas vereis siempre la misma serenidad en el espíritu, la misma gracia en su manifestacion. Y la pintura requiere indudablemente más variedad en el sentimiento, más vida en la idea. Las pinturas murales de Pompeya, á pesar de esto, segun el sentir de grandes artistas, ofrecen frescura en el colorido, riqueza en la idea, inteligencia en las figuras, inimitable gracia en los agrupamientos. Aunque esto sea cierto, la individualidad clásica será siempre individualidad exterior, como la individualidad cristiana será la individualidad interior. La escultura pagana, bajo este aspecto, no tiene, no tendrá rival. Pero el alma en todas sus manifestaciones, el alma en sus éxtasis, en sus arrobamientos místicos, en sus penas, en sus infinitas esperanzas, el alma cristiana, tan varia, tan luminosa, será me-



de tener el movimiento de la vida. La escultura debia ser el arte verdaderamente griego. Ni antes ni despues de su vida ha tenido Grecia rival en este género de arte. La individualidad del espíritu, individualidad exterior, que representa Grecia en toda su vida, no puede simbolizarse de una manera más fiel que con la estatua, serena, inmóvil, aislada, que parece la apoteosis misteriosa del hombre.

La escultura en Roma tiene dos grandes caracteres armónicos en verdad, con toda la vida romana. El primer carácter, es el de ser más real, más humana aún que la escultura griega, como es más humana y real su civilizacion; el segundo carácter es presentarmás el tipo de la fuerza que la serenidad interior del espíritu; el tercer carácter, es que la escultura romana tiene formas indudablemente más colosales, porque á decir verdad el hombre ha crecido en Roma. Despues de la escultura que es más ideal que la arquitectura, debemos considerar la pintura que es mucho más ideal que la escultura. Consideremos brevemente este arte.

Señores: la pintura en el mundo clásico es una idealizacion y nada más que una idealizacion de la escultura; este arte debia progresar indudablemente bajo la influencia divina, sobrenatural del Cristianismo. Con razon se ha dicho que la arquitectura es el arte oriental, la escultura el arte pagano y la pintura el arte cristiano.

La pintura ya requiere más riqueza en el espíritu, más variedad en sus ideas, en sus sentimientos. Parece como el alma del hombre, que levantándose del oscuro seno de la organizacion, despliega sus alas y recoge en ellas los colores de toda la naturaleza, los átomos de todos los seres. De la pintura y de la música antigua no podemos juzgar, porque apenas quedan restos que puedan darnos datos bastantes á formar una idea. Sin embargo, el tipo del arte griego, esa olímpica serenidad de sus estatuas, no es idóneo para desenvolver de una manera brillante la pintura. Mirad las estatuas antiguas, y á través de sus formas vereis siempre la misma serenidad en el espíritu, la misma gracia en su manifestacion. Y la pintura requiere indudablemente más variedad en el sentimiento, más vida en la idea. Las pinturas murales de Pompeya, á pesar de esto, segun el sentir de grandes artistas, ofrecen frescura en el colorido, riqueza en la idea, inteligencia en las figuras, inimitable gracia en los agrupamientos. Aunque esto sea cierto, la individualidad clásica será siempre individualidad exterior, como la individualidad cristiana será la individualidad interior. La escultura pagana, bajo este aspecto, no tiene, no tendrá rival. Pero el alma en todas sus manifestaciones, el alma en sus éxtasis, en sus arrobamientos místicos, en sus penas, en sus infinitas esperanzas, el alma cristiana, tan varia, tan luminosa, será me-



por expresada por las obras de la pintura. Por eso he dicho, y creo que he dicho, señores, con razon, que la pintura antigua no es en realidad otra cosa que la mayor idealizacion de la escultura.

La música es ya más espiritual que las otras artes. La música ejerció en toda la antigüedad una influencia benéfica. La antigüedad es eminentemente música, sus palabras están sujetas á ritmos, sus períodos á armonías; la lira es uno de sus grandes trofeos, el mitho de Apolo uno de sus mas verdaderos símbolos; la música es la educacion principal de las almas, como la gimnasia es la educacion de los cuerpos; sus leyes se cantan en la plaza pública, sus grandes batallas se cantan en los juegos olímpicos, los soldados de Grecia antes necesitaban la lira que la espada, antes del poeta que del general; los versos de Tirteo cantados en el fuego del combate pudieron más que la estrategia de los grandes soldados; la canción de un amante es el primer presente que aguarda la doncella para sentirse inspirada en el amor y ceñir á sus sienes la corona de sésamo; las tragedias griegas no pueden existir sin coros, ni sus ceremonias religiosas sin danzas, en que las vírgenes se mueven al compás de las cítaras, y en todos tiempos, en primavera como en otoño, en todas las grandes trasformaciones de la naturaleza, los griegos rocían como los latinos las flores, los frutos, la salida de la luna entre los montes, el cre-

púsculo, el otoño, la primavera, la vendimia, la siega con hermosísimos cánticos. (Aplausos.)

El arte es una escala misteriosa, por la cual sube el hombre á expresar desde sus primeros sentimientos hasta la conciencia de su espíritu y las dulces aspiraciones á Dios. En la arquitectura el tipo es la naturaleza, el medio son grandes moles arrancados á la tierra; el espíritu duerme en el símbolo: en la escultura el tipo es el hombre, el medio es el mármol, la piedra trasfigurada en nuestra organizacion; el espíritu va levantándose á su propia conciencia y necesita ya menos del mundo exterior, pues en la frente de la estatua centellea el alba purísima del pensamiento: en la pintura el tipo es la union del hombre con la naturaleza, con la creacion, los medios son los colores; la idea va enlazando y uniendo dos mundos y el arte se espiritualiza: en la música, el ideal, el tipo es ya el espíritu, su sentimiento puro, subjetivo; el medio es el sonido, medio más espiritual, que parece un dulce eco de nuestra alma; hasta que por fin el espíritu pasando de las moles inmensas á la naturaleza orgánica, al color, al sonido, entra en posesion de sí mismo separándose del mundo exterior, y valiéndose de medios propios, de formas ideales, de la palabra; y penetra triunfante en ese último arte, que es el más espiritual, el más puro, la corona centelleante de todas las artes, la divina, la sublime poesía. (Aplausos.) Al



tratar de la poesía clásica no podemos, no debemos de ninguna suerte separar Grecia de Roma; son las dos manifestaciones de una misma idea, las dos fases de un mismo espíritu. Solo que sucede en la poesía griega y romana lo mismo que en la arquitectura, en la escultura, en la pintura y en la música. La poesía griega es más graciosa, más bella, es la union del hombre con la naturaleza; la poesía romana es más solemne, más grave, más sublime, como que tiene la conciencia de ser el arte de todo el mundo, y el presentimiento de que va á recibir en su seno el espíritu de Dios.

El espíritu recorre todas las artes como una escala misteriosa hasta llegar á su completa emancipacion de la materia. La arquitectura necesita para mucho del mundo exterior, de la materia; sin ella, sin los grandes medios que le dá naturaleza, no podria expresar su idea, que está pues sometida completamente al espacio. La escultura necesita ménos mundo exterior, pero tambien la naturaleza entra por mucho en la realizacion de sus concepciones. La pintura, aunque no presenta las tres dimensiones como las artes mencionadas, tambien es material, tambien es plástica. La idea está sometida aún á la categoría de espacio, es aún sierva de la naturaleza. La música necesita en sus armonías el tiempo, y la idea está sometida á la cadencia. Parece la música como el cántico de triunfo que el espíritu exhala al verse pró-

ximo á emanciparse del mundo exterior. Pero cuando el espíritu llega á su completa libertad es cuando entra en las regiones de la poesía. Allí no ha menester ya del mundo exterior. La palabra, que parece tan espiritual como la idea, esculpe, pinta, canta. La palabra y la idea se armonizan, se penetran, se confunden. La poesía es el resumen de todas las artes, porque á todas las comprende, á todas las congrega bajo su celestial imperio. La vida es uniforme en todas las artes. La arquitectura, inmóvil, expresará siempre una misma idea, y al pié de aquella idea correrán los siglos sin alterar su esencia. Con la pintura y la escultura sucede lo mismo. Pero el movimiento, la vida, la multiplicidad de ideas, el reunir y armonizar el espíritu con la naturaleza, solo es dado al arte más sublime de todos, á la divina poesía.

La poesía puede expresar todo un universo de ideas, pintar la naturaleza, reflejar esa otra naturaleza más alta y sublime, el mundo moral, esculpir nuestras ideas, abrazar las leyes generales de la historia, del espíritu, de la creacion, subir hasta Dios, como el águila se pierde en los aires, extasiarse en contemplar arrobada, por intuicion divina, ese otro mundo que está fuera del tiempo y del espacio, manantial perenne en que beben su vida todos los séres. Y así la poesía debe mirar todas las cosas, todas las ideas, no por su lado transitorio y fugaz, no por su lado meramente útil,



no por su lado prosáico, no; debe mirar las ideas y las cosas en su esencia, en lo que nunca muere, en lo eterno. Por eso la poesía ha instruido en todos tiempos á la humanidad; por eso la poesía, levantando y enaltecendo el espíritu, lo ha abrazado, como ningun otro arte, en su totalidad. Por eso la poesía es el reflejo más fiel de una sociedad y de un siglo.

Comencemos por la poesía lírica que es la primera forma del arte. La escultura, la pintura esculpen, pintan en el espacio, en la naturaleza; la poesía esculpe, pinta en el alma. La poesía lírica es eminentemente subjetiva, es el reflejo del mundo, del hombre, de Dios en el alma del individuo; es la poesía interior del pensamiento y de la conciencia. Y sin embargo, los poetas líricos, tan subjetivos, tan profundamente íntimos, señalan las varias fases del espíritu y de la civilización. Y si no poned conmigo los ojos en Orfeo, en Píndaro, en Ovidio y en Horacio. Orfeo, personaje místico, del cual no han quedado poesías sino tradiciones; Orfeo, que limpia con su lira la tierra de monstruos, es el símbolo del tránsito del Oriente á Grecia, es el sacerdote que en su copa sagrada trae el rocío de la primer mañana del mundo, y en sus labios el canto de los sagrados bosques, y en su mente la primer luz de la creación recogida en la cuna misteriosa del sol; luz con que va á ceñir las sienes del hombre emanci-

pado y libre, mereed al ósculo de amor de la divina Grecia. El canto desordenado de Píndaro, sus endechas á la libertad, su recuerdos de los héroes que han muerto por la patria, su descripción de los juegos olímpicos, que ofrecen el templo de los dioses abierto, el sacrificio humeante, los altares cubiertos de rosas, los sacerdotes libando por los futuros vencedores el rico vino de Chipre, las doncellas tegiendo las coronas de laurel, el orador en lo alto de las gradas recitando las páginas de la heroica historia de Grecia, el blanco caballo corriendo orgulloso, tirando del carro en que va el juglador envuelto en púrpura, con el cabello flotando, las riendas en la mano, y la orgullosa mirada perdida en los aires; todo este cuadro sublime, este espectáculo que presenta desde el instante en que el héroe va á pedir á los dioses el triunfo, hasta el instante en que rodando al rededor de la férvida meta, se pierde á los ojos de los espectadores, rápido como el pensamiento y el aire; y desde este instante hasta el último en que ya ceñida la sien del lauro y descansando, aplica á sus labios la copa de agua, que le devuelve las desmayadas fuerzas; todos estos instantes, todo este cuadro manifiesta la exaltación, la apoteosis, el apogeo del paganismo. (Aplausos.) Píndaro, poeta dorio, aristócrata, sintiendo sonar en sus oídos las armonías de la naturaleza y los antiguos recuerdos de la patria



historia, entusiasmado con el esplendor de Grecia, con sus fiestas, con sus espectáculos, anidando en su alma esa inspiración que descendía de todos los montes de la dichosa Grecia y se levantaba de todos sus valles, de todas sus riberas; Píndaro debía resucitar con todo brillo los antiguos recuerdos, la historia griega, los feroces atridas, la guerra de Troya, el sacrificio de Efigenia, la figura de Aquiles, el cántico de triunfo que exhalaban los guerreros helenos al destrozarse á los persas, la vida de toda aquella sociedad, que se encontraba en la plenitud de su ser, enardecida, como por los vapores de un gran festín, por su exaltado espíritu.

Mas ¡cómo han cambiado los tiempos con Ovidio! En las varias trasmutaciones y transformaciones de las diosas, solo se vé la muerte del paganismo; las blancas nereidas, que se deslizan bajo las claras aguas; los espíritus divinos que murmuran en las hojas del castaño, en las ramas del ciprés; la deidad que tiñe con su sangre la rosa; la pobre doncella Aretusa convertida en fuente, llorando siempre ¡ay! siempre gimiendo; la hermosa Dafne huyendo por los campos, como blanca paloma, de las asenanzas de Apolo, y convirtiéndose, al querer tocarla el enamorado dios, en el verde laurel de la inmortalidad; todas estas diosas, todas, por más formas que tomen, por más vida que finjan, por más transformacio-

nes que sufran, muestran en los cantos de Ovidio, que el paganismo ha muerto, que la simbólica serpiente yace sin vida enroscada en los fríos altares de los dioses, y que es inútil buscar para cubrirla todas las hermosas y matizadas pieles que ha dejado dispersas en su largo camino por la tierra.

Y el más grande de los poetas líricos, Horacio, ¿no os ha parecido siempre la aspiración del espíritu á otro mundo mejor? La profunda tristeza de Horacio es aún más profética que la alegría de Virgilio. Quiere reclinarse en el seno de los placeres, y el placer le rechaza. Quiere sostener la antigua libertad, y la libertad antigua no llena el abismo de su corazón. Quiere resucitar el heroísmo histórico, el heroísmo patrio, y comprende que hay otro heroísmo más alto, el heroísmo del sufrimiento, del dolor moral. Aplica sus labios perfumados por amorosos besos á la copa que guarda el vino de Falerno, y siente que aquel licor no puede apagar la sed inextinguible que hay en su espíritu. Intenta perderse en los aromas de la naturaleza, en las ondas del mar, en la vida de todos los seres, y siente allá en su interior una infinita tristeza. Va á adorar al hombre, y solo vé en su cuerpo un poco de polvo y en su alma una sombra. ¡Espíritu gigante, poeta más grande que su tiempo, alma que rebosa en el espacio, aunque se presente á nuestros ojos corona-